

## CARTA ABIERTA AL PAPA FRANCISCO

Estimado papa Francisco:

le escribo desde la fraternidad cristiana que siento por usted y cuanto representa a pesar de cuanto nos separa confesionalmente, pues profeso la fe evangélica. Claro que, dicho así, pareciera que usted no profesa una fe evangélica, lo cual no sería cierto. Por eso, matizo mi presentación: profeso la fe cristiana desde la convicción protestante.

¿Qué me motiva a escribirle junto a otros hermanos cristianos? El deseo de alentarle a seguir por el camino emprendido. Verá, yo no soy un experto vaticanista ni tampoco un experto ecumenista, y por lo tanto veo su camino desde la distancia y sin contar con las herramientas precisas para hacer un análisis bien ponderado de su acción pastoral (no sé si sería más adecuado o preciso decir «su pontificado», pero permítame tratarle más como pastor que como pontífice). Desde esta distancia relativamente desinformada, leo algunas de las cosas que dice más o menos oficialmente, como pueden ser sus encíclicas, exhortaciones apostólicas o sus ruedas de prensa, y también oigo acerca de algunos de sus viajes y de algunas acciones pastorales concretas, todo lo cual dibuja en mi mente, aunque muy a *grosso modo*, tanto el camino que parece seguir como un modo de caminar.

Pero para que algunos de los ‘suyos, no tan suyos’ no me malinterpreten y crean que deseo alentarle porque le veo más cercano que otros papas a la convicción protestante, le diré que no percibo yo que su camino suponga un acercamiento a las iglesias evangélicas en detrimento de su profunda convicción católica. De hecho, los dos documentos más relevantes que plasman importantes puntos de acuerdo entre católicos y luteranos, ya fueron firmados antes de que usted iniciara su pontificado en 2013. Por supuesto, me refiero a la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación*,

firmada el 31 de octubre (no olvidemos que en esa fecha muchos protestantes celebran cada año el ‘Día de la Reforma’) de 1999 por la Federación Luterana Mundial y por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, entonces bajo el pontificado de Juan Pablo II, quien no era precisamente sospechoso de ser ‘cripto-protestante’. El otro documento es el publicado en 2013 bajo el título *Del conflicto a la comunión. Conmemoración Conjunta Luterano – Católica Romana de la Reforma en el 2017* y que fue gestado por las mismas entidades antes señaladas bajo el pontificado de Benedicto XVI, quien tampoco es nada sospechoso de ‘cripto-protestantismo’.

Mi aliento, por tanto, no pretende animarle a acercarse más al protestantismo. Pero sí deseo animarle a continuar por la senda más evangélica que creo que ha emprendido. Y digo «evangélica» sin resonancias confesionales; es decir, me refiero a que siga profundizando en el camino que ha emprendido de seguimiento del Evangelio.

Obviamente, imagino que a todos los sumos pontífices de Roma se les supone una acción pastoral basada en el Evangelio. Pero la impresión que yo tengo es que usted ha puesto el acento en el núcleo del Evangelio, que no es otra cosa que seguir los pasos de Jesús en su hacer cercano y acogedor a todos el liberador Reino de Dios. Con esta afirmación no pretendo ser simplista: bien sé que tiene usted que atender a no pocos asuntos, muchos de ellos de los que calificaríamos como ‘demasiado humanos’. Es obvio que en tanto que ‘jefe de estado’ debe usted hacer política entre los más grandes y los más pequeños de este complejo mundo nuestro tremendamente globalizado. Una palabra suya o una acción concreta pueden desatar todo tipo de reacciones, por lo que la prudencia se impone por sí misma. Y también es obvio que como ‘cabeza visible’ de la Iglesia Católica está obligado por una magnífica historia preñada de grandeza y de miseria, y también está constreñido por la diversidad de corrientes internas de su Iglesia, y sobre todo por los grupos de presión que ponen más interés en sus convicciones y

posicionamientos (podríamos incluso hablar de mayor interés por sus posiciones privilegiadas) que en «hacer cercano y acogedor a todos el liberador Reino de Dios» como le comenté anteriormente.

Precisamente porque entiendo las constricciones a las que se ve sometida su acción pastoral, es por lo que valoro más aún sus palabras y gestos. Comparando con otros papas, creo que usted se ha propuesto marcar un estilo de comunicación más libre y distendido, menos dispuesto a dejarse marcar por quienes van a medir, tanto desde fuera como desde dentro, cada punto y cada coma de cuanto dice y hace. Creo que para algunos, incluidos entre ellos muchos de ‘los míos’, se trata más de gestos que de hechos. Y en efecto, yo no sé cuánto realmente va a poder usted renovar o revitalizar de la propia realidad institucional y espiritual de su Iglesia. Me llegan voces de que está usted encontrando una oposición callada pero contundente y eficaz. Pero aun así, creo que hay que valorar no sólo su valentía personal comprometiéndose con un discurso papal mucho más fresco y ágil, sino también su estrategia de renovación de gestos y discursos, ya que en ellos hay sin duda un poder transformador.

Hasta qué punto este poder transformador alcanzará a la trastienda de su Iglesia, es quizás la cuestión para muchos. Desde mi balcón puedo intuir que desea usted sinceramente renovar también las estructuras administrativas y organizativas de su Iglesia conforme a dichos gestos y discursos. Y ahí la cosa no debe resultar sencilla. Pienso en mi propia casa, esto es, la familia reformada que proclama aquello de que la «*ecclesia reformata semper reformanda est*», que significa, como bien sabe (su latín es con toda seguridad mucho mejor que el mío), algo así como «*la iglesia reformada siempre debe reformarse*». Pero a pesar de este gran lema, cuesta lo increíble hacerlo realidad. ¿Cuánto más, por tanto, ha de costar hacer un mínimo cambio en la mayor estructura eclesial cristiana que existe y que además cuenta con una tradición milenaria,

por no hablar de la convicción de ser una fabulosa maquinaria organizativa consagrada al servicio de Cristo en la tierra?

A pesar de ello, le animo a seguir confiando profundamente en la fuerza transformadora de sus discursos y gestos, especialmente cuando hacen patente el Evangelio a quienes los oigan y vean. Sí, ya sé que mi aliento nace de mi convicción evangélica que me impele a confiar en el poder de la Palabra más que en cualquier otra fuerza. Pero la posible subjetividad de esta confianza no elimina su veracidad por igual para católicos y protestantes: en nuestras palabras y gestos debe aparecer con claridad la figura de Jesucristo, esto es, de aquel que recorrió las tierras de Judea, fue crucificado, murió y resucitó al tercer día, caminando por unas horas junto a los discípulos de Emaús y revelándose a sus seguidores antes de ascender al Padre. Créame que nuestro mundo necesita ver a Jesús en las palabras y gestos de todos los cristianos, pero sin duda en las suyas de modo muy particular. Es obvio que esto es así porque su posición ‘político-ecclesial’ le coloca en el puesto más visible de la Iglesia Católica para el mundo. Pero es que, además, se lo pide la propia doctrina católica (por ejemplo en la *Lumen Gentium* n° 22), según la cual es usted el «vicario de Cristo», precisando acertadamente que por «vicario» se refiere sobre todo a un servidor y no a un mero sustituto. Debido a mi convicción evangélica reconozco que me cuesta atribuir este epíteto a un solo hombre, pues sólo podría aplicarlo a la Iglesia, y por tanto a las iglesias, como el cuerpo de Cristo en la tierra (siguiendo así la teología paulina). Pero incluso con todos mis reparos confesionales, reconozco que tiene usted *de facto* un papel referencial determinante tanto para el cristianismo como para la sociedad en general. Y tal papel no es ciertamente un cargo, sino más bien una tremenda carga. Yo no sé si podría soportar la presión de saber que millones y millones de miradas están clavadas en mí esperando ver a Cristo.

Si me preguntara usted qué discursos y qué gestos podría poner como ejemplo de lo que digo, le respondería que su exhortación apostólica *«Evangelii gaudium»* y su viaje apostólico a Suecia el 31 de octubre de 2016 son dos ejemplos de la carga transformadora de sus discursos y gestos. El viaje a Suecia para participar en la apertura del «Año de Lutero» que culmina en 2017 con la «Conmemoración conjunta luterano-reformada del V Centenario de la Reforma», ha sido muy valiente por su parte, al ser el primer papa en participar en semejante evento. Aun cuando oficialmente se hable de «conmemoración» en lugar de «celebración», lo cierto es que, si se compara con la celebración de los anteriores centenarios, ha sido un giro radical en el sentido de este evento. En síntesis, en el lugar de una triunfalista celebración luterana correspondida con una apologética católica agresiva, nos hemos encontrado con una acción de gracias por los dones de la Reforma y con la oración de perdón por la responsabilidad de cada parte en la ruptura. Ni la una ni la otra han tenido que hacer grandes concesiones doctrinales, sino que simplemente han tenido que actuar como seguidores de Cristo que en Él buscan la reconciliación. Y por eso me parece lamentable que su talante netamente ‘jesuánico’ despierte la velada, pero implacable, oposición de algunos de aquellos que con otros papas han defendido a cal y canto el ministerio petrino, pero que ahora que el sucesor de Pedro no se acomoda a sus criterios entonces tratan de levantar, abierta o veladamente, un muro de oposición a su alrededor. Ruego de veras a nuestro Padre común que estos gestos no desaparezcan, sino todo lo contrario, que le de fuerzas e iluminación para multiplicarlos como hitos para el camino de todas las iglesias, no solo para la católica romana.

Algo muy parecido le digo respecto de la *«Evangelii gaudium»*: es ‘jesuánica’ en todos sus poros. Incluso si tiene algún sesgo teológico (¿quizás un aderezo con sabrosos ingredientes tomados de la teología de la liberación?), me parece importante que no

haya querido evitar usted el darle un sabor personal, que es lo mismo que decir un sabor muy humano y por tanto cercano al hombre de la calle. ¿O es que es posible dirigirse al pueblo cristiano o a la sociedad sin sesgos personales? ¿No son esos sesgos un signo de honestidad personal? ¿Acaso el compromiso genuino con los retos de nuestro tiempo no exige arriesgarse en propuestas honestas? Demasiados textos o discursos eclesiásticos hay ya –en su iglesia y en las mías– que regurgitan respuestas previsibles y por ello tristes, de modo que llegan muertas a los oídos de aquellos destinatarios a quienes se pretende alentar en la vitalidad del Evangelio. No ocurre esto con su primera exhortación apostólica; todo lo contrario, aun estando salpicada –como no podría ser de otro modo– de conocidos condimentos tomados de la Biblia y de la gran tradición cristiana, le dio usted un toque muy personal y muy fresco. Y no es sólo por el aderezo, sino por los principales ingredientes: el Evangelio solo puede ser predicado y testimoniado (sea personal o comunitariamente) desde la alegría de quienes lo han (lo hemos) recibido. Y desde esta alegre acogida del Evangelio y su testimonio a la sociedad de nuestro tiempo, afirma usted que se da una experiencia creativa capaz de renovar y reanimar a la iglesia. Por eso pide usted compromiso a los obispos con los nuevos caminos que el propio rebaño puede olfatear (párrafo 31) y se exige usted a sí mismo lo que pide de los demás, atreviéndose incluso a pensar en «una conversión del papado» (párrafo 32).

Este atrevimiento me obliga a orar por usted y por el ejercicio de su primado papal. No lo digo porque desee arrimar el ascua a mi sardina protestante anti-primado papal; todo lo contrario, entiendo perfectamente que su deseo de convertir su ministerio en «más fiel al sentido que Jesucristo quiso darle» (*Ibidem*) quiere decir ejercer su primado ciñéndose lo más posible a la voluntad de Cristo, que es lo mismo que decir ejercerlo como Él mismo lo haría. Y créame que aun resultándome difícil aceptar una autoridad

papal suprema, sí estoy convencido de que una primacía ejercida a imagen y semejanza de la autoridad mostrada por Jesús tiene un inconmensurable poder transformador de la iglesia y de nuestro mundo conforme al Evangelio.

En fin, deseo ya cerrar mi carta de aliento. Solo quería que supiera usted que cuenta en España con hermanos no católico-romanos que también oran por usted, y no pensando interesadamente en llevarle a nuestro terreno, sino rogando a nuestro Padre que le dé las fuerzas y la iluminación necesarias para ser coherente con la misión asignada al oficio apostólico. Y para el caso, poco importa si tales hermanos creemos o no en la sucesión apostólica, pues lo que me parece vital es que usted sí siente a fondo este oficio como verdadera vocación personal y como genuino carisma que el Señor le otorga para servir a la Iglesia.

¡Que Él le guarde y prospere en su ministerio *ad maiorem Dei gloriam*, que dirían mis colegas docentes jesuitas y también *ad soli Deo gloria*, que dirían mis colegas pastores.

Fraternalmente,

Pedro Zamora García